

## DOS VISIONES

Empezaré por algo que quizá muchos de los que estamos aquí conocemos, pero que es bueno recordar una y otra vez. Nuestro querido país está cruzado por visiones muy divergentes sobre su pasado. Esto lo observamos en el nombre de las calles y plazas, en los bustos y estatuas edificados a lo largo y ancho del país, en las *vendettas* que algunos gobiernos practican cuando llegan al poder, cambiando designaciones, cambiando nombres. Tanto es así, que este mismo año hemos visto cómo el Centro Cultural Kirchner cambiará su denominación por otra, creo que Palacio Libertad. Pero esta no es una cuestión meramente de la actualidad, sino que es algo que viene de antaño, de las entrañas mismas del nacimiento de nuestra Nación. Tenemos una plaza, por ejemplo, en la Capital Federal, que lleva el nombre de un señor cuyo único logro fue escribir un libelo contra Rosas, y cobró ese escrito en pesos fuertes de acuerdo con la cantidad de muertos que le adjudicó al gobernador de la provincia. Tenemos pueblos que glorifican a verdaderos asesinos como Rauch. Los cuatro coroneles de Mitre también son glorificados con sus nombres estampados en calles y plazas, y la lista podría ser amplísima.

Esto es, ha habido siempre una disputa por quiénes son los que están de un lado, y quiénes son los que están del otro. Siempre ha habido un conflicto latente sobre quién tenía la lapicera y el poder para escribir nuestra historia. Claro que no es una cuestión privativa de la Argentina. No obstante, en nuestro país la cuestión tiene una fuerza enorme. Yo diría, desde el positivismo imperante en las últimas décadas del siglo XIX hasta la actualidad, se ha ido desarrollando en nuestro suelo una conciencia muy potente acerca de la importancia que reviste la cuestión de los nombres, de poner unos nombres en lugar de otros. Por eso, cuando se planteó la posibilidad de una nueva Universidad en nuestro territorio, en nuestro querido Florencio Varela –hago un paréntesis: ya que estamos hablando de nombres, no es indistinto ni menor el de Varela para todos nosotros-, cuando tratamos de ver qué nombre le íbamos a poner a nuestra Universidad, esta cuestión estaba muy presente entre quienes imaginábamos esta designación. Y aquí quiero subrayar el nombre de Carlos Kunkel, que fue quien con más fuerza impulsó este verdadero homenaje

que consiste en designar a una institución como es la Universidad, con el nombre que hoy lleva.

## EN LAS UNIVERSIDADES

Ahora bien, me interesa resaltar además que esta verdadera grieta se ha expresado también, y de manera contundente, en las universidades. Por ejemplo, en la cuestión de las temáticas a desarrollar y en los contenidos en los planes de estudio, en general, ha predominado una visión de algunas corrientes historiográficas en menosprecio de otras, ha existido una orientación para encumbrar algunos autores en detrimento de otros, y hasta se ha llegado a justificar la inexistencia de tradiciones completas de pensamiento en nombre de una supuesta falta de rigurosidad científica.

Quiero decir que el mundo académico también ha estado cruzado por lo que planteaba al comienzo, además en general, con una orientación bien definida. A pesar de la visión latinoamericanista que tenían, por ejemplo, los reformistas de Córdoba, que se expresa en su “Manifiesto liminar”, lo cierto es que esa posición fue girando fuertemente a visiones antipopulares, estrechamente relacionadas con el deterioro de las posiciones políticas de la UCR de aquel tiempo, por un lado, hacia visiones yo diría neocolonialistas, a visiones que hacían más hincapié en el conocimiento de la historia de Europa que en nuestro propio conocimiento. Cuestiones que sin dudas han afectado los planes de estudio, las perspectivas de análisis, incluso hasta hoy mismo, si nosotros hacemos una encuesta entre los argentinos, seguramente, se conoce más el nombre del presidente de Francia que el del Paraguay. La revolución francesa, que lo acontecido en nuestro país en el mismo período. Y varios etcéteras. Tanto es así, que Jauretche sostuvo que uno de los problemas fundamentales de la Reforma del 1918 había sido el hecho de: *“Divorciarse de su base de sustentación original. Que era la presencia del pueblo en el Estado”*. Por eso, en su visión debían articularse las tradiciones del cogobierno y el protagonismo estudiantil de 1918, con la construcción de un programa cultural y científico antiimperialista, latinoamericanista y popular que luego inició el peronismo en 1946.

## EL CONURBANO

Entonces, a la hora de poner un nombre a esta Universidad naciente, también pensamos otras cuestiones importantes de las que todavía hay que hablar. Porque distritos importantísimo como Florencio Varela, como Berazategui, como Quilmes, son

continuamente denostados por los grandes medios. Todos leemos semanalmente cosas como que “*aumentó el delito en el conurbano*”, como si el conurbano fuera una sola entidad y una sola unidad. Pensemos la cantidad de kilómetros que hay entre José C. Paz y Florencio Varela, por dar un único ejemplo. La misma palabra “conurbano” hace referencia al resto, a la periferia, al margen, a lo otro. Hay un centro que irradia luz y racionalidad, y estas llegan de manera muy tenue y débil a un conurbano bárbaro, atrasado e ignorante, cuando no invisible y representado por puros prejuicios. Por eso, hoy son tan importantes textos literarios como los de Incardona, o los trabajos que aquí desarrolla Martín Biaggini, con el objeto de discutir esa visión que tiene mucho de racista.

## LOS OLVIDADOS

Cuando pensamos en la designación para nuestra institución, pensamos en alguien que expresara también con claridad lo que significaba ser olvidado, lo que significaba ser denigrado, lo que significaba ser caracterizado negativamente por el poder dominante. Por tanto, se trataba también de un acto de justicia, porque el nombre de Jauretche había permanecido durante décadas, silenciado y ninguneado. Sabemos los argentinos de estas dos formas premeditadas del olvido, el *silenciamiento* y el *ninguneo*, que han recaído siempre sobre aquellos hombres y mujeres que entregaron su vida a la defensa del patrimonio nacional. Sus nombres no están en las avenidas importantes, ni en las plazas céntricas, ni muchas veces tampoco, siquiera en las currículas, en los debates de ideas televisivas, en grandes librerías, ni más ni menos, no están en la posibilidad del encuentro con las nuevas generaciones.

Por ello, estamos los presentes recordando hoy el medio siglo de la partida de Arturo Jauretche. Mucho anhela decir de este pensador brillante, que ejerció a parte de mi generación en esa ardua batalla del *pensar en nacional*. Que convocó, y continúa convocando, a varias generaciones a elaborar sus propios criterios de realidad, sobre la fortaleza de aquella idea de que: “*lo nacional es lo universal visto por nosotros*”.

## LOS PRIMEROS PASOS

Salió la ley de nuestra creación a fines de 2009. Fui designado Rector Organizados y

Empezamos a trabajar en nuestra primera sede del Rectorado en la esquina de San Martín y Granaderos, en Florencio Varela. Por el 2011, tuvimos la posibilidad, gracias a la iniciativa de Julio Pereyra y la generosidad de la Presidenta Cristina, de recuperar un

predio abandonado por las privatizaciones de los años 90, que otrora fuera cuna de los sueños de Mosconi, para transformarlo en esta Universidad que bautizamos Arturo Jauretche.

## LOS NOMBRES

Y vuelvo sobre la cuestión de los nombres. Leopoldo Marechal, en uno de los versos de “La Patriótica”, de *Heptamerón*, señaló con justeza: “*Mira que al recibir un nombre se recibe un destino*”. Y el nombre de Jauretche señaló el nuestro. Marcó la identidad y la función de una Universidad dispuesta a reivindicar un conjunto de valores, de quien estaba convencido de la capacidad de los argentinos y de los suramericanos para conformar una ciencia propia, capaz de recoger los aportes de la técnica mundial para ponerlos al servicio de la resolución de los grandes problemas nacionales. Rescatábamos, entonces, sus aportes al autoconocimiento de nuestro pueblo, redimíamos al gran demolidor de mitos del sentido común inculcados por el colonialismo, al hombre que nos seguía marcando el rumbo de sustituir la importación acrítica de ideas para ir de la realidad a la idea. Al convencido de la necesidad de forjar una política nacional desde acá.

Por eso la Universidad eligió su nombre. Como destino y también en homenaje, agrego ahora, al intelectual revolucionario, que definió muy bien Raúl Scalabrini Ortiz, cuando afirmó: “*Pero Arturo no fue un revolucionario de mandolina y pies ligeros*”. En homenaje al combatiente, máuser en mano en Paso de los Libres, al militante de la pluma y de la acción. Al forjista, al que supo acompañar los diez años de peronismo y que, después de 1955, alzó su enorme vozarrón, para acompañar la resistencia y el crecimiento de los que fuimos jóvenes en los años '60 y '70.

## VITALIDAD DE JAURETCHE

Quiero decir que el nombre de la Universidad significó, y continúa significando para los argentinos, un hecho de política cultural importantísimo porque vino a reafirmar la vitalidad de la tradición del nacionalismo popular universitario, vinculado a la gratuidad y al desarrollo nacional independiente.

La inspiración de Jauretche fue siempre la política: los repliegues del movimiento nacional lo empujaron a entrar de lleno en aquella *república de las letras* de la que sería uno de sus más lúcidos detractores. Sentó las bases de una epistemología nacional, señalando que uno de los mecanismos más eficaces del sistema de coloniaje consistía en introducir en nuestra cultura dispositivos permanentes de “*denigración de lo propio*” y “*exaltación de lo ajeno*”, a través de la transmisión de “*zonceras*”, que permitían que ese proceso se reproduzca y se transforme en autodenigración.

Arturo conocía muy bien la Universidad, en la que había tenido una activa militancia en su etapa juvenil, y en la que se había recibido de abogado. La Universidad formó parte de una de sus preocupaciones fundamentales.

### LA COLONIZACIÓN PEDAGÓGICA

Fue analizada, en el marco, de lo que consideró como la superestructura cultural de la colonización pedagógica. En su óptica, las instituciones educativas, incluida la Universidad, habían conformado a lo largo de la historia de nuestro país, instrumentos de sometimiento al servicio de las clases dominantes. En sus palabras: “*Han calculado la necesidad de entorpecer a nuestros pueblos estrechando los horizontes del pensamiento de sus nuevas generaciones, para que se asomen a la vida con un sentido de propia debilidad, mediante la enseñanza metódica de historias fraguadas y deformes, cifradas con la falsa repetición constante de nuestra mutua extrañeza y de separación y perpetua hostilidad de estas Naciones*”.

Desde su punto de vista, el carácter enciclopedista y denigratorio de la realidad local cultivado por la Universidad argentina, había obstruido la formulación de un pensamiento original, capaz de promover mayores grados de libertad para la comunidad nacional y para nuestro pueblo. Indicó al respecto: “*La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país. (...) La enseñanza magistral, prestada de paso y sin vocación alguna, convirtió a la Universidad en un enseñadero sin alma, informada por doctrinas de encargo o de técnicas cuya aplicación no se condicionaba a ninguna finalidad social*”.

Con suma claridad, señaló entonces los efectos dañinos que tenía sobre el país una educación colonizada. Hablando de la educación primaria y secundaria, advirtió acerca de la disociación que muchas veces se establecía entre la escuela y la vida, dos mundos

separados “*por la campana*” que marcaba el horario escolar. Una educación formal, pensada desde una concepción enciclopédica con muy escaso compromiso con las realidades regionales y locales, ajena además a la natural iniciativa y curiosidad de los niños y de los jóvenes para acercarse a aquello que les interesaba.

Pero la cosa no terminaba allí: se proyectaba también sobre una educación superior, insisto, pretendidamente “universalista”, ajena a las necesidades del desarrollo nacional independiente. Su mirada sobre la Universidad, por el contrario, propendía a un desarrollo nacional de inequívocos perfiles industrialistas, profundamente humanista, atenta a la filosofía, la historia y las ciencias sociales.

## ECONOMÍA Y CULTURA

Cientos de páginas escribió con el objeto de develar el vínculo entre el aspecto económico y cultural del fenómeno colonial. Escúchense sus palabras con atención, cuando explicó: *“Habíamos descubierto que el peor enemigo del enfermo era el médico. Desentrañando la trama de nuestro coloniaje económico, que fue nuestra primera tarea, descubrimos que él se asentaba sobre el coloniaje cultural. Descubrimos, también, que ambos coloniajes se apuntalaban y conformaban recíprocamente, pero que si el coloniaje económico daba los puntos de apoyo al cultural, éste era a su vez la forma de penetración y de estabilización de aquel. ¡La traición de la inteligencia! Esa es la primera en el orden de las culpas y la primera que debíamos evitar”*.

## REALIDAD NACIONAL

Por tanto, el compromiso con la realidad nacional y una política integrada a la formación académica, son cuestiones que Jauretche consideró medulares para una educación superior al servicio de las necesidades integrales del país. Y quiero aclarar que nunca planteó cerrarse al mundo, a los avances del pensamiento social y científico de otros países, sino que señaló que era necesario integrar esos avances en un marco delineado por una cultura nacional. Claro que no podía plantearse esa síntesis entre lo nacional y lo universal sin cuestionar el “universalismo” cosmopolita y colonizador, dijo al respecto: *“Así, en la Argentina, el establecimiento de una verdadera cultura lleva necesariamente a combatir la ‘cultura’ ordenada por la dependencia colonial”*.

Pensó, entonces, la necesaria articulación de la educación con la vida social, la formación superior con el desarrollo nacional y la democracia. Consideró que el punto de partida debía ser: “*ver el mundo desde aquí*”, o sea, sustentar una posición nacional como fundamento previo a las definiciones doctrinarias o ideológicas más sistemáticas. Si esta faltaba, las construcciones conceptuales aunque pudieran ser más o menos sofisticadas, corrían el riesgo de caer en el cosmopolitismo o el colonialismo cultural. Para poder proyectar una política nacional, en el plano educativo, la mirada debía estar situada territorialmente y encarnada en una colectividad histórica concreta: el pueblo argentino. Servir al pueblo argentino fue una divisa fundamental en el pensamiento de Jauretche.

## **AUTODETERMINACION Y BIENESTAR POPULAR**

Su posición nacional fijó con claridad dos condiciones esenciales: por un lado, la autodeterminación de la Nación, y por otro y en estrecha vinculación, el bienestar del pueblo. Jauretche advirtió que en su tiempo no era precisamente ese el paradigma dominante, y tampoco en el nuestro, y por eso no temió a la polémica y el debate, y lo emulamos en el ejemplo. Los consideraba necesarios en la formación universitaria, y abjuraba de la solemnidad del “*templo del saber*”. No en vano, gran parte de su obra es fuertemente polémica, y eso lo llevó a chocar frontalmente con todo un sector al que denominó como “*intelligentzia*”, que en sus palabras era: “*el fruto de una colonización pedagógica y esto es muy distinto a la espontánea incorporación de valores universales a una cultura nacional, y recíprocamente, como pretenden los asépticos expertos en el tema, que prescindan del análisis de las condiciones objetivas*”.

## **OBJETIVOS JAURETCHIANOS**

El objetivo jauretcheano, por el contrario, propendía a la formación de una auténtica intelectualidad nacional, vinculada al pueblo humilde que, además de ser la esencia de lo argentino, es quien financia la universidad, y con vocación irrenunciable del desarrollo nacional. Las distintas disciplinas de la ciencia y el pensamiento podían adoptar este punto de partida de *pensar en nacional*, e incorporar un conocimiento que fuera el resultado de la vida social del pueblo, de la experiencia, para el desarrollo de un país con inequívocos perfiles industrialistas para la consecución del pleno empleo de todas las familias argentinas. Que se abandonase el habitual ajuste de la realidad a los modelos importados del extranjero, para desarrollar soluciones genuinas para el país. En lugar de

un saber aparentemente universal, promovió la regionalización del conocimiento y la producción de cultura geográfica e históricamente situada. El intelectual debía desarrollar una acción de transformación concreta y aplicada, aportando conocimientos para disponer de suficiente poder nacional de decisión, pues cada sector de conocimiento contribuía a fortalecerlo. A secas, transformar la mentalidad colonial en conciencia nacional, elevando las aspiraciones y el destino histórico del país y sus pensadores. Así fue como la Argentina abandonó su condición de ser una semicolonía agrícola al servicio del extranjero, que negaba su cultura y su historia, para hacer Europa en América. La Argentina ingresó en el teatro internacional de las naciones, afirmando su derecho a la autodeterminación y al desarrollo independiente. Hacia 1973 Jauretche se refirió al rol del intelectual nacional ligado a los destinos del país y estableció de manera tajante que: *“Yo ya no tengo fuerzas ni edad para algunas batallas; sin embargo, no admitiría que me eximan de los peligros que esas batallas encierran los "fueros del intelectual". No quiero, no admito ser definido como un intelectual. Si en cambio, me basta y estoy cumplido, si alguien cree que soy un hombre con ideas nacionales. Entre intelectual y argentino, voto por lo segundo. Y con todo”*.

#### ACTUALIDAD DE JURETCHE

En los tiempos aciagos que vivimos los argentinos, Jauretche es necesario. Y urgente. Soy un convencido de que leer a Jauretche es aprender a pensar como Jauretche, atentos a la vigencia de su legado: es escuchar lo que continúa diciéndonos para elaborar nuestros propios criterios de realidad y nuestras propias soluciones para los grandes problemas locales y nacionales. Para afirmarnos en nuestra identidad.

Y para el caso de nuestra casa, para reforzar la misión de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, para que continúe orientada a la revalorización de la tradición cultural de nuestros distritos y de nuestra Nación, a la continua revisión de la historiografía liberal como tarea de descolonización pedagógica, a la articulación constante entre la producción teórica, los pensadores y profesionales, y la acción política de las organizaciones libres del pueblo. Cuando observamos nuestros planes de estudio, cuando analizamos la relación entre el conocimiento libresco y la práctica, cuando, en las carreras de contenido más técnico, nos inclinamos por resolver los problemas de nuestra provincia, de nuestro país, y de la patria grande, estamos siguiendo sus enseñanzas.



Hoy que se ataca con fuerza la cuestión presupuestaria, también es bueno recordar nuestra misión, que Jauretche explicitó muy bien. El hecho de que la Universidad fuera financiada por el conjunto de la comunidad, implicaba derechos y comportaba obligaciones. Si el esfuerzo de la comunidad nacional no era compensado por la universidad cogobernada, era necesario buscar nuevos instrumentos de planificación pública y social para la institución. Al hacer hincapié en esta condición originaria de financiamiento, se favorecía una serie de relatos tendientes a la participación de la comunidad representando a la voluntad popular en la Universidad. Por eso sostuvo que se debía: *“Aproximar más la Universidad al país”*.

Una Universidad que tiene varios desafíos al alcance de la mano. El sistema de Educación Superior en su conjunto enfrenta un desafío que es además un deber histórico: contribuir a alcanzar el desarrollo integral, independiente, pleno y sustentable de la comunidad nacional. Intervenir de manera activa en el debate sobre el proceso de extranjerización de la economía y la defensa de nuestro patrimonio. Había dicho Jauretche: *“No vale invocar la autonomía de la Universidad para salvar su dependencia de los extranjeros (...) la Universidad no es en sí un fin, no lo es la preparación de sus alumnos, la perfección de sus profesores, la excelencia de sus gabinetes; es sólo un medio cuya perfección se realiza cuando la perfección de sus elementos se ha ordenado para la colectividad, cuya síntesis es la Nación”*. Continuar consolidando una ciencia estrechamente ligada a nuestros problemas, promoviendo marcos teóricos nacionales y acercando a las comunidades de investigadores a los desafíos regionales y nacionales pendientes. Profundizar la articulación dentro del sistema universitario y con la educación secundaria.

Aconsejaba Jauretche, *“barajar y dar de nuevo”*. Debemos estar dispuestos a *dar de nuevo* si es necesario, profundizando nuestros logros y modificando nuestros yerros para recuperar la confianza del pueblo argentino al que nos debemos.

Por último, me interesa recordar con ustedes, una de las últimas anécdotas que lo pintan de cuerpo entero. Arturo se pasaba todas las mañanas en el café leyendo los diarios y haciendo anotaciones. Tenía prohibido el cigarrillo y se compraba dos atados y los dejaba, ahí, escondidos del reto de su mujer. Una de esas mañanas en que estaba tomando el café, a unas mesas de distancia había un señor con pinta de pituco que de repente llamó a un lustrabotas para que le limpiase los zapatos. El pibe, entusiasmado porque se iba a ganar

unos pesos, sacó la pomada negra para los zapatos negros y no advirtió las medias blancas del fulano. Se le zafó el cepillo y se las manchó con la pomada negra. Y el tipo reaccionó como reaccionarían lamentablemente muchos hoy: lo agarró de los pelos y le dijo *“tenías que ser un negro de porquería para hacer lo que hiciste”*, y lo echó a empujones del café. Y Jauretche que estaba sentado al lado, que tenía 72 años, que estaba sumamente obeso, que había salido del Otamendi hacía dos meses por sus problemas respiratorios, se levantó y pegó un grito que se escuchó en todo el lugar: *“hijo de puta yo te voy a enseñar a respetar a la gente.”* Y le tiró un trompazo al tipo, le erró y se cayó encima de las mesas. Un gran escándalo. De regreso en su casa, desaliñado y sucio, su mujer le preguntó: *“¿pero Arturo, qué hiciste? ¿Otra vez te peleaste? ¿Qué edad pensás que tenés?”*. Y Jauretche respondió, a secas: *“Lo que pasa, Clarita, es que yo no puedo resistir la injusticia”*.

Ese es el hombre que hoy recordamos.

*Ernesto Villanueva, rector emérito UNAJ*